Capítulo 1 – La carta

La carta llegó el martes 2 de septiembre de 2025, bajo una lluvia fina, cuando el cielo de Madrid se había puesto del color de los viejos moratones. Esa clase de gris amoratado que precede a las tormentas largas, a los días en los que la luz parece filtrarse a través de un vendaje sucio. Azul estaba en el salón de su hermana, corrigiendo exámenes de historia sobre el sofá, viejo y desgastado por los años y el uso, cuando el timbre de la puerta sonó con esa urgencia mecánica que solo tienen los mensajeros que odian su trabajo. Su hermana estaba en el trabajo. El piso olía a café de máquina y a la colonia barata de su cuñado. Azul no vivía allí, pero llevaba tres meses durmiendo en la habitación de invitados, huyendo de un piso que ya no era suyo y de una vida que alguien había desmantelado con puños y mentiras.

La habitación de invitados medía nueve metros cuadrados. Tenía una cama de matrimonio estrecha con un colchón que empezaba a hundirse por el centro, una mesilla de noche con la laca desconchada, y una ventana que daba a un patio de vecinos donde colgaban sábanas que nunca parecían secarse del todo. Azul había colocado sus libros en una estantería de madera, sus zapatillas de deporte y sus zapatos bajo la cama, y su dignidad —lo poco que le quedaba— en algún lugar entre el colchón y el somier. Tres meses. Noventa y dos noches durmiendo con la puerta cerrada con llave, aunque en el piso solo estuvieran su hermana, su cuñado y los dos niños

pequeños. Noventa y dos noches escuchando cada ruido del portal, cada ascensor que se detenía en su planta, cada paso en el rellano que la hacía incorporarse en la cama con el corazón acelerado.

Sonó el timbre. Miró por la mirilla antes y después abrió la puerta. El cartero era un hombre joven, quizá menor de veinticinco, con el casco de correos sin quitar. Le tendió un sobre blanco, grueso, con el sello de la Agencia Tributaria en la esquina superior, le dijo el DNI, firmó el recibí y se dio la vuelta antes de que ella pudiera decir adiós. Ni siquiera la miró a los ojos.

Azul cerró la puerta con la cadera. El sobre pesaba demasiado. Tenía el grosor de las malas noticias, de los diagnósticos médicos, de las citaciones judiciales. Ese peso específico que adquieren los papeles cuando contienen algo que va a cambiar tu vida, y no para mejor.

Se quedó un momento en el recibidor, con la espalda apoyada en la puerta, escuchando el ascensor bajar con el cartero dentro. La casa estaba en silencio. Fuera, la lluvia arreciaba contra los cristales con una insistencia casi personal.

Lo abrió en la cocina, de pie, con los vaqueros rotos de estar por casa y una camiseta negra de la legión que tenía un agujero pequeño cerca del hombro y que ya no usaba en público. Era una prenda que pertenecía a otra vida, a la chica de veintidós años que había creído que la disciplina militar la protegería del caos del mundo.

La primera hoja era una notificación de requerimiento de pago. Letras mayúsculas, tinta negra sobre papel blanco mate, el lenguaje administrativo que parecía diseñado específicamente para despojar a las palabras de cualquier rastro de humanidad. La segunda, un extracto de deudas acumuladas. Columnas de números que se sucedían con la implacabilidad de una sentencia de muerte. La tercera, una relación de empresas constituidas a su nombre.

Azul leyó los nombres en voz alta, con un murmullo que apenas reconoció como propio:

Azul Seguridad Global, S.L.

Azul Protección Integral, S.A.

Azul Consulting Premium, S.L.U.

Nombres que sonaban a parodia, a broma cruel.

La cuarta, una carta de embargo sobre cualquier bien a su nombre. Cualquier bien. Como si tuviera bienes.

Ciento veintitrés mil euros.

El número flotó en la cocina como un insecto venenoso. Azul lo miró fijamente, esperando que cambiara, que se transformara en un error de imprenta. Pero los números permanecieron inmóviles, impasibles.

Azul no gritó. No lloró. Eso se lo había quitado su exmarido hacía años, golpe a golpe, mentira a mentira. Lo que hizo fue algo peor: se quedó quieta. Tan quieta que el silencio de la cocina pareció agrietarse.

Leyó cada hoja tres veces, con su memoria fotográfica grabando números, fechas, nombres de empresas que ella no había creado, firmas que no eran suyas pero que, milagrosamente, pasaban por suyas.

Azul Seguridad Global, S.L. Constituida hace diez meses. Deuda: veintisiete mil euros.

Azul Protección Integral, S.A. Constituida hace ocho meses. Deuda: treinta y un mil euros.

Azul Consulting Premium, S.L.U. Constituida hace seis meses. Deuda: cuarenta y cinco mil euros.

Todas creadas en los últimos dieciocho meses. Todas con deudas con Hacienda. Sergio.

El nombre resonó en su cabeza con la fuerza de un disparo en un espacio cerrado.

Siempre Sergio.

Aunque estuviera entre rejas, aunque llevara dieciséis meses cumpliendo condena, el hijo de puta seguía estrangulándola.

Azul recordó la última vez que lo había visto. Fue en el juicio, dieciséis meses atrás. Sergio había entrado en la sala con un traje azul marino que le quedaba algo pequeño y una sonrisa que no alcanzaba sus ojos. Ojos pequeños, oscuros, con el párpado izquierdo ligeramente caído desde que ella le había arrojado una plancha de ropa en la última pelea.

La sonrisa decía: «Esto no ha terminado.»

Y tenía razón.

Porque allí estaba, en la cocina de su hermana, con un fajo de papeles que demostraban que Sergio había seguido operando desde la cárcel, utilizando contactos, abogados, testaferros. Gente que firmaba documentos con su nombre, que abría cuentas bancarias a su nombre, que montaba empresas fantasmas que generaban deudas reales.

Dobló los papeles con una precisión quirúrgica, los metió en una carpeta de su mochila y se puso las zapatillas de deporte. No se cambió. No se peinó. No se maquilló. Llevaba el pelo corto, un corte bob asimétrico que no le llegaba a los hombros y en ese momento se alegró de no tener nada que arreglar.

No iba a arreglarse para nadie.

Iba a guerra.

La oficina de la Agencia Tributaria en el distrito centro olía a papel mojado y a desesperación contenida. Era un edificio de los años setenta, de hormigón visto y ventanas de aluminio anodizado. Las paredes del vestíbulo estaban revestidas de una pintura beige descastada con una cenefa verde agua que alguien había considerado decorativa en 1978.

Azul llegó a las once de la mañana, después de cuarenta minutos de metro en el que un hombre con chaqueta de cuero no había dejado de mirarle los pantalones, y cinco minutos de caminata bajo la lluvia que le había calado el pelo hasta la raíz.

Pasó el control de seguridad con la carpeta apretada contra el pecho como un escudo, y subió al tercer piso donde el cartel indicaba Inspección de Tributos. Departamento de Embargos. Citas previas.

El pasillo estaba lleno de gente. Una mujer mayor con un abrigo de piel sintética lloraba en silencio mientras su hijo le frotaba la espalda con gestos mecánicos. Un hombre con traje de ejecutivo hablaba por teléfono en voz baja, con la mano libre gesticulando en el aire. Un joven con rastas y una mochila de tela militar dormitaba con la cabeza echada hacia atrás.

La recepcionista no la dejó pasar.

—Tiene que pedir cita previa por internet —dijo la mujer, sin mirarla, con los ojos clavados en una pantalla donde el solitario nunca acababa de ganarse.

—He venido a hablar con el inspector que lleva mi caso —dijo Azul, y su voz no era una petición. Era una orden.

—Sin cita previa no se puede…

—Mi nombre es Azul Marad Olaya —la interrumpió Azul, y ahora su voz bajó un tono, se volvió más densa—. Azul, sin segundo nombre, porque así lo dejé en el registro civil cuando cumplí los dieciocho. Dígale al inspector que estoy aquí, que no me voy a ir, y que si me hace esperar más de cinco minutos, la próxima llamada que haga usted será a los bomberos, a la policía y a su jefe, en ese orden.

La recepcionista levantó la vista. Algo en los ojos de Azul —quizá la quietud, quizá el color gris acero de una ira que no necesitaba gritar— hizo que la recepcionista levantara el teléfono interno.

Esperó de pie, junto a la ventana, mirando la lluvia. No se sentó. Sentarse era ceder terreno.

Tenía treinta años, había sobrevivido a la instrucción de la Legión Extranjera —dos años en el desierto de Djibouti, en la guarnición de la 13ª Demi-Brigade—, a un matrimonio de dos años con un hombre que pesaba veinte kilos más que ella y que la había golpeado hasta hacerla perder a su hija, y a una separación en la que el mundo entero parecía haberse puesto de parte de él.

No iba a ceder terreno ante una silla de plástico.

—¿Señorita Marad?

La voz vino de atrás.

Azul se giró.

El hombre que la miraba desde la puerta del pasillo no encajaba en su idea de un burócrata de Hacienda. Era alto, quizás metro ochenta y cinco, rubio, con el pelo corto y medio peinado con una naturalidad que a ella le pareció estudiada. Vestía un jersey de cuello alto gris, chaqueta, vaqueros oscuros y zapatos de cuero. No llevaba corbata.

Pero llevaba algo peor: una calma absoluta.

La clase de calma que no se aprende en una oficina, sino en sitios donde el peligro no se anuncia.

—Soy el inspector Michael Fretz —dijo, y su voz era baja, educada, y completamente inmune al tono de Azul—. Pase.

La oficina de Michael era pequeña, ordenada, y olía a café recién hecho y a papel. No había fotos familiares en la mesa, ni diplomas enmarcados en las paredes. Solo una pila de expedientes que llegaba casi hasta la altura del monitor, una pantalla de ordenador encendida, y una ventana que daba a un patio interior donde la lluvia caía sobre contenedores de basura.

Azul se sentó. La silla era de plástico duro, con las patas de metal.

Michael no se sentó de inmediato. Se quedó de pie, junto a la mesa, observándola con una atención que ella encontró insultante. Era la mirada de quien examina un insecto antes de decidir si aplastarlo.

—Tengo su expediente —dijo Michael, y su tono no tenía inflexión—. Azul Seguridad Global, S.L. Constituida hace diez meses. Deuda con Hacienda: veintisiete mil euros. Azul Protección Integral, S.A. Constituida hace ocho meses. Deuda: treinta y un mil euros. Azul Consulting Premium, S.L.U. Constituida hace seis meses. Deuda: cuarenta y cinco mil euros. Más intereses, recargos y sanciones. Total: ciento veintitrés mil euros.

Recitó los números como si fueran una lista de la compra, como si detrás de cada cifra no hubiera una vida destrozada, un nombre mancillado, una mujer que había pasado dos años viviendo con un hombre que le rompía los platos contra la pared cuando la cena no estaba a tiempo.

Azul sintió que la sangre le subía a las sienes con una lentitud controlada. No iba a perder los nervios. No iba a convertirse en la histérica que él esperaba.

—No he creado esas empresas —dijo, inclinándose hacia adelante, con las manos apoyadas en el borde de la mesa—. No he firmado esos contratos. No debo ni un euro a nadie, y menos a ustedes.

Michael no parpadeó. No se echó atrás ante su proximidad. Su expresión no cambió ni un milímetro.

—Señorita Marad —respondió Michael—. Las empresas están constituidas a su nombre. Los documentos de identidad utilizados son auténticos. Las firmas han pasado periciales caligráficas con un grado de coincidencia del noventa y ocho por ciento. Los domicilios sociales coinciden con su última dirección fiscal conocida. Desde el punto de vista administrativo, usted es la propietaria, la administradora y la responsable solidaria de esas deudas.

Azul apretó los dientes. La furia no era ciega. Era una furia con memoria, con dirección, con nombre propio.

—El punto de vista administrativo es una mierda —dijo, y cada palabra salió cortada, afilada, como cristal roto—. Mi exmarido utilizó mi identidad. Falsificó mi firma. Montó esas empresas desde la cárcel, con ayuda de sus contactos, con ayuda de gente como usted que se limita a mirar papeles y no ve la puta realidad que hay detrás. Usted no me está hablando de impuestos, inspector. Usted me está hablando de mi vida. De mi nombre. De la única cosa que me quedaba limpia después de que ese cabrón me quitara todo lo demás.

Michael no se inmutó. Se sentó lentamente, cruzó las manos sobre la mesa, y la miró con ojos de un azul claro que ella, en otro momento, habría encontrado bonitos. En ese momento, solo le parecieron fríos.

—¿Ha denunciado la usurpación de identidad? —preguntó.

—¿Que si he denunciado? —Azul soltó una risa corta, amarga, que sonó más a un golpe seco—. He denunciado todo, inspector. He denunciado cada golpe, cada amenaza, cada mensaje de texto que me enviaba a las tres de la mañana. He denunciado la violación de la orden de alejamiento. He denunciado hasta tal punto que los juzgados me conocen de nombre y de vista. Y ¿sabe qué pasa con las denuncias cuando el agresor es listo, manipulador y sabe jugar con el sistema? Que se convierten en papel. En papel mojado, como el que huele en este pasillo.

Michael la observó un segundo más largo de lo necesario. Azul notó que sus ojos recorrían su rostro, no con curiosidad, sino con algo parecido a un análisis técnico. Como si estuviera comparando lo que veía con lo que decía el expediente.

—Entiendo que ha denunciado a su exmarido —dijo Michael—. Pero entiendo también que, desde mi posición en la Agencia Tributaria, no tengo acceso a su historial judicial. No sé si ha denunciado la usurpación de identidad, ni si esas denuncias están archivadas o no, ni si existen informes periciales que demuestren la falsificación de su firma. Lo que yo tengo son documentos administrativos que dicen que usted debe ciento veintitrés mil euros a Hacienda. Y hasta que usted no me aporte pruebas que demuestren lo contrario, mi trabajo consiste en exigirle el pago.

Azul se quedó quieta. El golpe había llegado por donde no esperaba. No por la crueldad —estaba acostumbrada a la crueldad—, sino por la precisión. Michael no la estaba atacando. La estaba pesando. Y la estaba encontrando insuficiente.

—Entonces, no me cree —dijo. No era una pregunta.

—No me corresponde creer o no creer —respondió Michael—. Me corresponde actuar según la documentación. Si tiene pruebas de que su exmarido usurpó su identidad, tráigalas. Informes policiales, denuncias formalizadas, dictámenes de grafoscopia que cuestionen las firmas, certificados de no comparecencia ante notario... Todo lo que tenga. Sin eso, señorita Marad, no estamos hablando de una investigación. Estamos hablando de una deuda.

Azul se levantó. El movimiento fue brusco, instintivo, y la silla chirrió contra el suelo. Michael no se movió. No se asustó. Eso la enfureció más.

—Pruebas —repitió Azul, con los dientes apretados—. Siempre pruebas. Ustedes, los que se sientan detrás de un escritorio, siempre quieren pruebas. ¿Sabe qué son las pruebas para una mujer que ha estado casada con un monstruo? Son cicatrices que no se ven. Son noches sin dormir que no se fotografían. Son el miedo a abrir la puerta de casa que no se certifica ante notario. ¿Quiere que le traiga eso, inspector? ¿Quiere que le desvista el alma para que usted me crea?

Michael no apartó la mirada. No se ablandó. Pero algo en su expresión cambió, una variación tan sutil que Azul no supo si la había imaginado. Como si, por un instante, hubiera dejado de ver un expediente y hubiera visto a una persona.

—No le pido que me desvista el alma —dijo Michael, y su voz bajó un tono, perdiendo esa frialdad administrativa, aunque solo un poco—. Le pido documentación. Hay una diferencia.

—Para mí no la hay —replicó Azul—. Para mí, pedirme que vuelva a contar lo que viví es pedirme que vuelva a vivirlo. Y ya he vivido suficiente. Ya he contado mi historia a policías que me miraban como si estuviera loca, a jueces que me preguntaban por qué no me había ido antes. No voy a volver a hacerlo. No voy a volver a ser la víctima en el estrado.

Se volvió hacia la puerta. La mano le temblaba apenas, lo suficiente para que ella misma lo notara y se odiara por ello. No iba a llorar. No iba a darle esa satisfacción a un burócrata que se escondía detrás de su calma y su punto de vista administrativo.

—Señorita Marad.

La voz de Michael la detuvo. No era una orden. Era algo más incómodo: una observación.

Azul se giró.

Michael seguía sentado, con las manos cruzadas sobre la mesa, pero su postura había cambiado. No era la rigidez de un funcionario. Era la tensión de alguien que está eligiendo sus próximas palabras con cuidado.

—Traiga las pruebas —dijo—. No para mí. Para usted. Porque sin ellas, este edificio no es su aliado. Es una máquina. Y las máquinas no distinguen entre víctimas y culpables. Solo distinguen entre quien paga y quien no.

Azul lo miró desde la puerta, con la carpeta apretada contra el pecho, con la rabia hirviendo en las venas y algo más frío, más antiguo, asentándose en el estómago.

Desconfianza.

Desconfianza pura, cristalina, como el agua de un pozo profundo.

—No se preocupe, inspector Fretz —dijo, y su voz recuperó ese filo de acero que había perdido un segundo—. No espero que este edificio sea mi aliado. No espero que usted sea mi aliado. Solo espero que no sea usted tan estúpido como para creer que una mujer monta tres empresas a su nombre, acumula ciento veintitrés mil euros de deuda y luego va a Hacienda a gritar como una loca en lugar de desaparecer. Eso no es inteligencia, inspector. Eso es desesperación. Y la desesperación no se finge.

Michael no respondió. La miró. Y por primera vez en toda la entrevista, Azul creyó ver algo en sus ojos que no

era indiferencia. Era duda. Una duda pequeña, casi invisible, como una grieta en una pared de hormigón, pero real.

Salió de la oficina sin decir una palabra más. Caminó por el pasillo con pasos firmes, con la espalda recta, con la mandíbula tensa. No miró a la recepcionista. No miró a los otros funcionarios que se arremolinaban en las mesas del fondo. Miró hacia delante, hacia la lluvia que seguía cayendo sobre Madrid.

Pero mientras esperaba el ascensor, con la frente apoyada en el frío acero de la puerta, se permitió un solo pensamiento que no era rabia.

Ese hombre no es un idiota.

Y eso, para Azul, era mucho más peligroso que la indiferencia.

Porque los idiotas se podían engañar, manipular, evitar. Pero un hombre que no era idiota, que escuchaba, que dudaba, que veía grietas donde otros veían paredes sólidas… ese hombre podía ser un aliado.

O podía ser el enemigo más peligroso de todos.

El ascensor llegó con un ding mecánico. Azul entró, pulsó el botón de la planta baja, y se miró en el espejo de las puertas de acero inoxidable.

Se vio pálida, empapada, con el pelo pegado a la frente y los ojos demasiado brillosos. Se vio derrotada y en pie al mismo tiempo.

Cuando las puertas se abrieron en el vestíbulo, caminó hacia la salida y la lluvia la recibió como un abrazo frío.

Caminó hacia la calle, hacia el metro, hacia la vida que seguía girando indiferente a su tragedia.

Y mientras caminaba, con la carta de embargo doblada en el bolsillo de la chaqueta como una promesa de guerra, supo que no había terminado.

Que esto era solo el principio.

Que su exmarido seguía ahí fuera, o dentro, o en algún lugar intermedio donde la ley no llegaba.

Y que ella tendría que encontrar la forma de detenerlo, de una vez por todas, antes de que el último pedazo de su vida que quedaba intacto se convirtiera en otro número en un expediente de Hacienda.